La supercambiante realidad de los últimos veinte años ha ofrecido un continuo reto al cristianismo. Las diversas denominaciones de hombres que creen en Cristo han tenido que hacer esfuerzos para convencer al mundo con hechos y palabras que el mensaje liberador y salvador de Cristo mantiene su vigencia ante la situación abrumadoramente exigente que vivimos.

El cristiano seguirá sintiéndose retado ante esta realidad y mucho más cuando constata que hay esferas completas del cristianismo atrincherado aún en un conformismo y desconfianza antihistóricos.

Sin embargo, el panorama de nuestros años setenta se está enriqueciendo con un nuevo elemento sobre el que puede incidir cada vez más la esperanza del hombre contemporáneo. Se trata del reto que el cristianismo está ofreciendo ya actualmente a todo un complejo de instituciones supuesta o realmente amenazadas por la transformación de las cosas. Para el observador más prejuiciado no puede dejar de ser evidente el hecho de que los grupos cristianos en el mundo han protagonizado y protagonizan un replanteamiento incluso dramático de toda su visión de las cosas. La situación actual de las iglesias cristianas parece estar demostrando un hecho de importancia extraordinaria: dentro del cristianismo opera un principio de naturaleza no bien definida que capacita al cristiano auténtico para un absoluto y continuo replanteamiento de su equipaje doctrinal y de su actitud ante la vida. Esto ha hecho que instituciones tan brutalmente condicionadas por el pasado sociológico e ideológico como es la Iglesia Católica muestre una agilidad por lo menos superior a otras instituciones no religiosas, pero más o menos afines con las que coexiste.

Aunque cuando es absolutamente simplista en este campo aventurarse por el camino de las comparaciones o ceder a un triunfalismo ingenuo, no deja de ser enriquecedor un golpe de vista restrospectivo, aunque sea superficial, sobre el rol social que las Iglesias se han asignado hasta los cercanos años cuarenta al menos en nuestra doméstica realidad latinoamericana. El binomio de poder Iglesia-Estado, petrificado en unos patronatos de corte carolingios, perpetuó por decenas de años el servilismo de la Iglesia a las dictaduras militares. La Doctrina Social de la Iglesia ofrecía gratuita y oportunísticamente un valioso recurso ideológico en favor de la propiedad privada y demás presupuestos del capitalismo. Se podía decir con muy pocas reservas que la Iglesia Católica junto con las Fuerzas Armadas Nacionales y el Departamento de Estado constituían los baluartes más fuertes de la reacción. Indiscutiblemente, hoy, esta afirmación, en lo que respecta a la Iglesia Católica merece muchas más reservas que con respecto a las otras dos instituciones. Pero incluso en el campo de los grupos localizados apriorísticamente en la avanzada ideológica latinoamericana nos encontramos con el espectáculo de que los grupos políticos tradicionales, por ejemplo venezolanos, que ayer adversaron la condición retardataria del catolicismo hoy viven escandalizados de una Iglesia que se les ofrece mucho más ágil y permeable a las exigencias del momento.

# EL PELIGRO DEL CRISTIANISMO

**Ante esto surgen una serie de interrogantes sumamente interesantes:**

**1º) ¿Cómo la Iglesia puede justificar, partiendo de su misma esencia una situación que por lo menos aparentemente "temporaliza" tanto su cometido?**

**2º) ¿Hasta qué punto este cambio en la Iglesia es "táctica" o hasta dónde responde a una dinámica esencial a su naturaleza?**

**3º ¿Cuál será el desenlace cronológico y doctrinal que tendrá esta escalada?**

**No merece la pena detenerse en la primera pregunta. Es ya casi un lugar común fundamentar la relación entre el compromiso temporal de la Iglesia y su misión Trascendental. Bastaría referirse en último término a los más recientes documentos de la Iglesia Católica y demás Iglesias cristianas.**

**Más atención exige la segunda interrogante. El observador que sigue desde fuera la vida de los grandes grupos cristianos se explica los actuales replanteamientos como una estrategia pensada desde arriba por los grandes responsables de las Iglesias. Se piensa, por ejemplo, que la creciente disminución del influjo social de estos grupos presiona constantemente a sus responsables en orden a una presentación táctica de sus equipajes doctrinales capaces de recuperar los puntos pedidos.**

**Atribuir al estado de cosas actual que vive la Iglesia a un movimiento táctico, es desconocer radicalmente elementos fundamentales de la vida interna de la misma y desconocer la dinámica de todo movimiento ideológico. Sólo bajo el supuesto de que el cristianismo auténtico gesta en sí mismo el gérmen de una conciencia revolucionaria se puede explicar que en un número escaso de años todo el catolicismo mundial está reaccionando de una manera similar a los estímulos que ofrece la realidad actual. Creer que esto es el resultado de una táctica es atribuir a la Iglesia Católica una organicidad, una astucia y un poder director de conciencias del que está muy lejos de gozar en este momento. El nivel en el que se opera la conversión es mucho más radical que el meramente estratégico y eso lo confirmará el tiempo, la irreversibilidad del proceso y los resultados.**

El tercer interrogante se refiere al desenlace: al **"cómo terminará esto".** En primer lugar, pensar en el futuro de la Iglesia con las categorías de "desenlace" es seguir condicionando al cristianismo a las circunstancias más contingentes de las culturas. El cristianismo si es auténtico camina con el hombre. Para el cristianismo no hay desenlace a no ser que se hable de desenlace del hombre. Esto no se va a "terminar" a no ser que se acabe el caminar del hombre hacia sí mismo.

Lo único que sí parece previsible para un futuro más inmediato, suponiendo que el proceso continúe sin mayores impedimentos, es que la Iglesia que se nos avecina es una Iglesia en continuo reto a todas las instituciones y a sí misma. Necesariamente será una Iglesia que baje más a su esencia, a su fe en Cristo que salva y a su evangelio. Cuando empiece a experimentar más en carne propia y dolorosamente su divorcio de las estructuras momificantes, entonces explicitará con más facilidad su fe en Cristo y será más absurdo el temor de que su compromiso temporal camine independientemente de su misión cristificante.

**MIGUEL MATOS, S. J.**